

Un viaje épico, un amor incierto, una larga amistad

LA HIJA DE LA CRIADA

Barbara Mutch



2^a
edición

NOVELA

Barbara Mutch
La hija de la criada

Traducido del inglés por Catalina Martínez Muñoz

FRAGMENTO

Alianza Editorial

Título original: *The Housemaid's Daughter*

Esta edición de la obra fue publicada en 2012 por Headline Review,
un sello de Headline Publishing Group.

La obra se publicó por primera vez, en una versión más
amplia, bajo el título *Karoo Plainsong*, por Troubadour Publishing Ltd.

Primera edición: mayo 2013

Primera reimpresión: junio 2013

Reservados todos los derechos.

*El contenido de esta obra está protegido por la Ley
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en
cualquier tipo de soporte o comunicada a través
de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Copyright © 2012 Barbara Mutch Limited
© de la traducción: Catalina Martínez Muñoz, 2013
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2013
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-206-7565-7
Depósito legal: M. 8.397-2013
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:
alianzaeditorial@anaya.es

Para L, W, H & C

Nota de la autora

Ésta es una obra de ficción. Los nombres y personajes que aparecen en esta novela, salvo las figuras históricas reconocidas, son fruto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Los lugares también son reales, aunque su posición geográfica no sea del todo exacta. El Karoo es eterno.

Prólogo

Irlanda, 1919

Hoy ha empezado mi viaje a África.

Salí por la puerta principal y crucé el sendero de losas. Las gaviotas graznaban en los acantilados de Bannock y mi queridísima hermana Ada estaba llorando.

Mi madre, con el vestido marrón que se ponía para las bodas y los bautizos, volvió la cabeza. Acuérdate de esto, me repetí mientras subía al carro tirado por el pony.

Acuérdate de esto: del vuelo de las gaviotas, del golpe de las olas en los guijarros de la playa, de las manos enrojecidas y agrietadas de tu padre, de Eamon, que no es capaz de estarse quieto, del olor a turba, a lila y a humo de la chimenea...

Acuérdate de esto. No lo dejes escapar.

Capítulo uno

Yo no tenía que nacer en Cradock House. Yo no.

Pero mi madre, Miriam, estaba detrás de la *kaia*, a la sombra de un espino raquíctico, conteniendo los gemidos al calor del mediodía, y allí la encontró la señora cuando volvió de la escuela con los niños y fue a buscarla al jardín.

A esas alturas ya era tarde para ir al hospital.

El señor Edward estaba en casa, revisando papeles en su despacho. La señora le pidió que fuera a buscar al médico de la familia, que tenía su clínica en Church Street. Era la hora de comer y el doctor Wilmott tuvo que interrumpir el almuerzo. Mi madre me contó que la señora ahuyentó a los niños —a la señorita Rosemary y al señorito Phil— de nuestra *kaia* de una sola habitación y la ayudó a subir a la casa. Allí le dio la mano y le secó el sudor de la frente con su propio pañuelo, el mismo que Miriam había planchado el día anterior.

Llegó el médico. El señor volvió a su despacho.

Y nací yo. Era el año 1930.

Mamá me puso el nombre de Ada, por la hermana menor de la señora, que vivía al otro lado del mar, en un lugar llamado Irlanda.

Llevo toda la vida dando las gracias por haber nacido en Cradock House. Siento que soy parte de esta casa, mientras que mi madre, Miriam, nunca lo fue. Las escaleras estrechas y los pomos de bronce conocen bien mis manos y pies; el espinoso raquíntico y el albaricoquero me llevan en su savia año tras año. Y yo también tengo algo de ellos. Por eso, cuando me quitaron Cradock House, mi vida dejó de tener sentido.

Cradock está en el Karoo, una región casi desértica en el corazón de Sudáfrica, muy lejos de las montañas verdes y escarpadas que bordean la costa como una puntilla. El Karoo es el paisaje duro que hay que cruzar para llegar a Johannesburgo, donde la gente saca oro de la tierra y se hace rica. Yo no sabía nada de eso, como es natural. Todo mi mundo se reducía a un cuadrilátero, a una casa de dos plantas, con la fachada de piedra amarilla y un tejado de chapa roja en un pueblo rodeado de *koppies* rocosos y envuelto en polvo marrón, donde nunca llovía. Sólo conocía el agua del Groot Vis, el gran río pesquero que a veces llenaba la zanja que pasaba por delante de la casa, desde donde desviábamos el agua hasta el jardín. En el extremo del pueblo donde el cielo se encontraba con la tierra, los resistentes matorrales del Karoo, apenas más altos que un niño, se aferraban al suelo seco y entre sus matas asomaban los troncos marchitos de los aloes, con sus lanzas de flores anaranjadas recortadas como llamas contra el fondo

del paisaje. Había algunos árboles, mimosas y eucaliptos azules, pero sólo crecían cerca de los huertos o en las orillas del Groot Vis, donde sus raíces encontraban el agua.

Las pocas veces que llovía, el agua apedreaba el tejado de chapa y hacía tanto ruido que la señorita Rosemary y el señorito Phil se ponían a gritar. Mi madre y yo —en la *kaia*, al fondo del jardín— también teníamos un tejado de chapa, pero el nuestro era gris y estaba protegido por el espino. Por eso allí la lluvia sólo silbaba. Yo no gritaba cuando llovía. Me quedaba en la puerta de la *kaia*, oyendo la lluvia y viéndola caer sobre el *veld*, al otro lado de la valla. Cuando mi madre no me veía, metía los pies descalzos en los riachuelos diminutos que corrían por la tierra endurecida y me quedaba mirando cómo se embalsaba el agua, cómo se filtraba poco a poco en la tierra, alrededor de mis tobillos.

Cradock House estaba en Dundas Street, justo encima del Groot Vis y debajo de Market Square. A mitad de su recorrido, nuestra calle pasaba a llamarse Bree Street. Yo no entendía por qué una calle necesitaba dos nombres —mamá decía que a lo mejor lo hacían para honrar a los antepasados por igual—, pero así era. A partir del cruce con Regent Street, la calle con dos nombres perdía fuerza y desaparecía en un poblado de chabolas.

Cradock House tenía un porche de madera, un *stoep* con sillones en forma de concha que rodeaba la vivienda casi entera, como un anillo. El círculo de asientos se interrumpía en la cocina y continuaba al otro lado del lavadero y, según mi madre, así tenía que ser, porque si no nos pasaríamos el día

sentadas en vez de lavar, cocinar o planchar, que era nuestra obligación.

Yo tenía muchas ganas de sentarme en uno de esos sillones, pero mi madre me lo tenía prohibido. Eran para la familia, decía. «Pero yo también soy de la familia», contestaba, acariciando la madera veteada, con la esperanza de que eso contara. «¡Calla, niña!», susurraba mi madre, y me decía que siguiera encerando los asientos. Mamá y yo hablábamos casi siempre en inglés, menos cuando ella se enfadaba conmigo de verdad, o cuando me cantaba por la noche: *Tula thu' thula bbabha...*

Calla, calla, calla, pequeña...

Los sillones en realidad no me interesaban tanto. En el piso de arriba había un mirador secreto mucho mejor que el *stoep*. Por las mañanas, cuando los niños estaban en el colegio y yo subía a limpiar el polvo, entraba a escondidas en el dormitorio del señorito Phil, me subía al baúl donde guardaba sus juguetes y me asomaba por la ventana. Desde allí veía todo Cradock, incluso, eso pensaba yo, todo el Karoo, desplegándose bajo el sol de la mañana como un mapa que el señor extendió un día para enseñárselo al señorito Phil a la luz amarilla de la lámpara de su despacho. Si entornaba los ojos y me olvidaba de los marcos de la ventana, me imaginaba volando por encima de las calles del pueblo y por encima del campanario de la Iglesia Reformada Holandesa —mucho más alto que el de la iglesia de St. Peter, a la que iban el señor y la señora— y luego por encima de las llanuras del Groot Vis, donde las mimosas hundían sus raíces en la tierra en busca de

agua, y luego por encima de los remolinos de polvo que se enroscaban hasta el cielo desde el *veld* reseco, y luego por encima de los *koppies*, altos y rocosos, con sus piedras relucientes bajo el sol de la mañana, y por fin, cuando el desierto empezaba a elevarse, por encima de las montañas cubiertas de bosques. Las montañas casi no las veía, pero todo el mundo hablaba de ellas, sobre todo cuando hacía frío y la escarcha cubría la tierra como una alfombra de azúcar.

Todos los días, cuando me asomaba de puntillas, tenía la sensación de que, por un momento, el pueblo entero, el Karoo entero me pertenecían. Desde allí, desde aquella ventana, no eran de nadie más.

Y Cradock House también me pertenecía.

Puede que la señora sintiera lo mismo por ese lugar llamado Irlanda donde había nacido. Ella también se asomaba a las ventanas, como si buscara algo que estaba más allá de los eucaliptos, más allá del Groot Vis y del polvo marrón que levantaban los carros en Market Square cuando no llovía.

A mis padres no les importa que me vaya a África. Lo cierto es que lo necesitan. Aunque no lo dicen abiertamente. Y yo tampoco lo digo. Pueden alquilar mi habitación por más de lo que yo podría aportar con mi salario. Eamon necesita unas botas y Ada un abrigo, porque el mío viejo, el verde, está destrozado. No hay dinero para que pueda quedarme.

El viaje me hace mucha ilusión, aunque también me da miedo. Sé que, una vez allí, no podré regresar. Es un compromiso para toda la vida. Y aunque siga teniendo noticias de mi familia

y de mis amigos, por las cartas que nos escribiremos, nunca volveré a ver sus rostros queridos ni a oír su risa irlandesa. Eso es lo que significa emigrar de un país.

La señora Pumile, la vecina de la *kaia* de al lado, tenía celos de mi madre Miriam y de mí. Decía que nuestra señora nos trataba muy bien, mientras que la suya medía el azúcar en la cocina y la obligaba a darse la vuelta a los bolsillos para ver si los llevaba llenos de cosas robadas.

«Eeeh.» La señora Pumile tragaba aire y se iba a su *kaia* andando como un pato, con el *doek* torcido y los bolsillos del delantal aleteando, mientras las galletas o lo que hubiese cogido prestado terminaban en el cubo de la basura de su señora. Las galletas ya no valían si la señora Pumile las había tocado. Nunca supe cómo se llamaba la señora de la señora Pumile.

Nuestra señora, aparte de señora, se llamaba Cathleen. La señora Cathleen Harrington, de nacimiento Moore. Así lo escribió un día para enseñármelo, con una caligrafía muy inclinada, aunque no me explicó por qué tenía tantos nombres. Era alta y amable, con los ojos verdes y el pelo castaño, que de día llevaba recogido en un moño bajo. Una vez la vi con el pelo suelto, y me pareció que flotaba alrededor de su cabeza como si fuera humo. Estaba delante del tocador, con un camisón azul, escribiendo en su libro especial, y yo había subido porque mi madre Miriam me mandó avisarla cuando el señorito Philip se puso malo en el cuarto de baño de los niños.

—Ada. —Se levantó al verme, barriendo el suelo con el camisón de flores bordadas—. ¿Pasa algo?

—El señorito Philip está vomitando —dije desde el umbral de la puerta—. Mamá me ha dicho que venga.

La señora era una buena madre, y no sólo con la señorita Rosemary o con el señorito Phil, a pesar de que la señorita discutía mucho con ella. La señorita Rose nunca estaba de acuerdo con nadie.

«Es perverso —le decía la señora al señor con un suspiro. Y aunque yo no conocía esa palabra, adivinaba su significado—. ¿Qué vamos a hacer?»

La señora era buena conmigo, me dejaba sentarme en un sillón a su lado, en el *stoep*, aunque mi madre pusiera mala cara, y también cuando tocaba el piano. Me hacía sentir como si el asiento también fuera mío. Y me hacía sentir como si yo fuera suya.

El señor Edward no me hacía sentir como si fuera suya, y era una lástima, porque yo no tenía otro padre. Durante mucho tiempo no supe que para tener un niño hacía falta un padre. De todos modos, sólo los niños blancos tenían padres.

Cuando cumplió dieciocho años, mi madre dejó el poblado de KwaZakhele, en las afueras de Port Elizabeth, para trabajar en Cradock. El señor Edward acababa de comprar la casa poco antes de que la señora llegara del otro lado del mar. Se pasó varios años ahorrando, según decía la señora, hasta que pudo comprar la casa y casarse con ella. Pero el señor nunca entraba en el tocador de la señora, y sólo a veces entraba en su dormitorio. Yo lo sabía: cuando iba a hacer la cama, por las mañanas, sólo veía la huella del cuerpo de la señora. Eso me sorprendía. Creía que la gente casada siempre

quería estar junta, sobre todo después de haber pasado tanto tiempo ahorrando para comprar Cradock House. Nunca le preguntaba a mi madre por qué pasaba eso. Habría sido injusto hacerle esa pregunta, porque ella no tenía marido. No tener marido no era raro. Había muchas mujeres como mamá. Nuestra vecina, la señora Pumile, sin ir más lejos, aunque recibía a muchos hombres en su *kaia*. Pero no eran maridos, y la señora Pumile no podía confiar en que siguieran yendo a verla.

Cuando le preguntaba a mi madre Miriam por su vida anterior, antes de la posibilidad de los maridos, me decía que iba en el lote de la casa. Yo no sé si será verdad. No creo que se pudiera incluir a la gente en el lote al comprar una casa, ni siquiera en esos tiempos. Aunque a lo mejor sí se podía, y a lo mejor por eso la señora Pumile seguía en casa de su señora, aunque comiese demasiado azúcar y recibiera a demasiados hombres.

Lo que sí es verdad es que mamá pasó toda su vida trabajando en Cradock House, y que un día murió allí, mientras limpiaba la plata en la mesa de la cocina.

Yo también quería pasar toda mi vida en Cradock House. No quería vivir donde Bree Street perdía fuerza y desaparecía en el poblado de chabolas. Yo quería vivir y morir en Cradock, donde había nacido. Ése era mi sitio.

Pero quería morir limpiando la plata debajo del árbol del coral, en el jardín, donde las nectarinas esmeralda volaban como flechas entre las flores rojas y el cielo azul asomaba entre las hojas temblorosas de los árboles.

www.alianzaeditorial.es

La difícil elección entre el amor y el sentido del deber, entre la amistad y las convenciones sociales en las áridas llanuras de Sudáfrica.

Corre el año de 1919. Cathleen se traslada a Sudáfrica, al duro y desértico Karoo, para casarse con su prometido al que no ha visto en cinco años. Pero el matrimonio no va a resultar como había soñado. Aislada en un entorno inhóspito, Cathleen encuentra consuelo en escribir su diario y en criar a sus dos hijos, Philip y Rose. También a Ada, la hija de su criada, a la que enseña a leer y a tocar el piano, a amar a Chopin.

Todo se verá alterado cuando Ada descubre que está embarazada, que espera un hijo mestizo en un país que no admite las relaciones entre blancos y negros. Ada se escapa al sentir que ha traicionado a Cathleen. Despreciada y marginada por ambas comunidades, tiene que luchar por su supervivencia y la de su hija. La música y Cathleen serán sus refugios.

La hija de la criada es una deliciosa y emotiva novela, llena de sentimientos a flor de piel, que retrata con hondo detalle el drama y la desolación de dos mujeres de implacable valor cuya profunda amistad les lleva a superar las inhumanas convenciones sociales y los peligrosos límites de la segregación. Una historia que nos enseña que más allá de la crueldad humana perduran el amor y la esperanza.

